
EL HORIZONTE RELIGIOSO DE SABUCO

Por Domingo HENARES

Universidad Nacional de Educación a Distancia

A Julián Marías

La verdadera filosofía pretérita no está en los manuales de historia al uso, ni en los ensayos literarios sobre algún sistema, ni siquiera en las tesis eruditas que enfocan un pensamiento aislado, un objeto puntual, o acaso alguna obra en panorámica. Porque la filosofía de un autor, su expresión más viva, sólo puede advertirse donde alienta, esto es, en sus propios escritos. Como el agua de un río está más clara en su fuente, igual que la palabra recién salida de la voz es más sonora que los balbucientes ecos repetidos.

Este criterio anterior no ha tenido, sin embargo, valor ni uso hasta épocas muy recientes; pues, en efecto, y refiriéndonos sobre todo a la filosofía española del pasado, sólo hemos hecho que merodear el tópico de su inexistencia, dando por buenas las opiniones que (falsamente europeizantes) se esforzaron en vano por demostrar que en España no hubo, por ejemplo, ni un mínimo apunte del Renacimiento científico. Como si nuestro país se hubiera salvado, milagrosamente, del tiempo y de sus avatares; como si Huarte de San Juan o Francisco Vallés, Sabuco y Luis Vives no pudieran parangonarse con Montaigne, Giordano Bruno y el mismísimo Bacon. Es más, ¿cómo puede hablarse de Descartes, olvidando injustamente a Gómez Pereira; o cómo estudiar a Leibniz sin hacer referencias previas al P. Izquierdo? No es este el lugar para desmentir tamaños dislates, mas sirvan estas interrogaciones como indicativo de la mediocridad del método que hace historia de la filosofía sin tener trato con los autores en sus textos. Por lo mismo que se ha llegado a decir que en la obra de Sabuco no hay alusiones a una vida trascendente, al otro lado de nuestra existencia mortal, muy cerca de Dios y de sus bienes.

Pero el bachiller Sabuco es un pensador fidelísimo intérprete de su época: vive preocupado por la mejoría de las repúblicas en este mundo y por la interpretación de la compostura del universo; se afana sobremanera en el conocimiento del hombre como remedio de todos los males que nos aquejan; al tiempo que, como auténtico ejemplar renacentista, laico y religioso, participa en el esfuerzo de su tiempo para armonizar los saberes científicos con los datos revelados. Hasta el punto que, en su obra, Dios está —además de supuesto— fervorosamente explícito, nombrado dentro de la ortodoxia vigente, vivido cristianamente y anhelado, con asomo a veces de verdadero misticismo.

A mayor abundamiento, hay una razón indiscutible: hasta el día de hoy, la religión y la filosofía tradicional han marchado unidas al paso, necesiándose recíprocamente, cada una antesala de la otra, igual que un laberinto de espejos,

donde las miradas siguen direcciones opuestas a las previstas. La liberación de la religión, pues, no está en la filosofía renacentista, sino que ésta significa por lo común entrada y aposento, baluarte y defensa del edificio religioso que habitan los filósofos. Esto es, leído en profundidad el bachiller Sabuco, hay una equivalencia de lenguaje que sirve de pasarela entre la ciencia y la fe. Se trata, pues, de descubrir una estructura posible de su pensamiento escrito, a través de la cual aparezca diáfana la solución a nuestra búsqueda de un trasfondo, horizonte y ámbito más impregnado que teñido de religiosidad, de probatura tipo causal de la existencia de Dios; y de un comportamiento vital esperanzado, tan propio de un creyente católico.

a) La creencia

Hay un supuesto ineludible, una clave de interpretación, a la hora de plantearse el tipo de religiosidad y su modo de expresión en el contexto filosófico de Sabuco: un estoicismo senequista, aludido expresamente; y, cosa natural, con las debidas correcciones que el cristianismo ha ido realizando a la vez que asumía esquemas de pensamiento extraños, aunque útiles para la formulación de sus enunciados de fe; como una garantía de fidelidad que, en rigor, nunca necesitó la Biblia, pero que, acaso, y desde Santo Tomás, era menester para quienes querían contrastar los datos revelados con el dictamen de su frente pensativa.

Tenemos, así, una primera aproximación a la religiosidad del bachiller alcaraceño; en efecto, hay ante todo un sentimiento de que estamos gobernados por la providencia divina, donde nuestro querer y entender van acordados por el acomodo que se procuran a la voluntad y al entendimiento divinales. A sabiendas de que nuestra libertad, entonces, se plenifica al desear los objetos más amables; y no sólo por aquella actitud sosegada y quieta de los discípulos de Zenón de Citio: puesto que no podemos marchar en dirección contraria al destino, hay que decidir su misma senda. Por lo que no ha habido jamás ninguna trampa semejante a nuestra voluntad; y siempre será deseable la rebeldía de Sísifo que, en un instante de conciencia, llega a despreciar a los dioses por su condena interminable, su quehacer y vivir eternamente inútiles.

En Miguel Sabuco, por contra, tenemos una serenidad ante los acontecimientos del mundo y de nuestra vida más conforme con una interpretación providencialista, un acatamiento sumiso y reverencial ante los decretos de Dios, pero no por inevitables, sino para que resplandezca más la libertad humana que elige, precisamente, lo que quiere la divina voluntad; en la creencia de que la elección, entonces, está bien hecha. Y esta es la máxima expresión de la fe en Dios omnipresente, como tiempo y lugar donde los hombres se mueven. Y esta es la puesta en libertad para nosotros según otro autor, distante en siglos, como es Julián Marías que, a la vez, ha dicho que la fe religiosa consiste en encontrarse bajo la mirada de Dios y en las manos de Dios.

¿Cómo resistirse a la gracia de un texto escrito hace cuatrocientos años, didáctico en su elegancia, de pura teología coloquial, para que lo entiendan hasta

los pastores y, quizás por eso, renacentista y amante de la naturaleza?:

Pues Dios ha sido servido de permitir que me viniese este daño, muerte, ò infortunio, quiero yo querer lo que Dios quiere, Dios lo diò, Dios lo quitò, èl sea loado, que èl lo sabe remediar por vias que yo no entiendo: à los suyos embia Dios azotes en este mundo, y no les allega monton de castigo para el otro. Un sabio, que todo le sucedia prosperamente, vivia muy triste por ello. Dixo Seneca: No ay hombre mas infelice, y desdichado, que el que no le viene adversidad ninguna, porque Dios no juzga bien de este. Con la mucha lozania, y abundancia, no granan las miesses (1).

De esta fe que tiene Sabuco en Dios hay una prueba que vale como documento y como síntoma, por lo que tiene de fiable ya que la ocasión de pronunciarla es solemne y sin posibilidad de remediarla. Me refiero a la confesión de su creencia en un instante tan singular como es el previo a la muerte. Saber uno que va a morir es entrar a la sala de espera de la verdad.

Y si bien es verdad que un testamento aislado dice muy poco, en lo que tiene de fórmula protocolaria, también es cierto que las profesiones de fe (en este caso, estereotipadas) se pueden dar como aceptadas por personas que las proclamaron en otras ocasiones. Es más, téngase en cuenta que la normativa vigente para testar sería la tercera de las Partidas de Alfonso X el Sabio, donde se dice: "...y la carta de testamento debe ser hecha en esta manera. Sepan cuantos esta carta vieren como yo... siendo enfermo del cuerpo y sano de la voluntad hago este mi testamento y esta manda en que muestro mi postrera voluntad. Primeramente mando a tal iglesia tantos maravedis por mi alma..."

Como se ve en adelante, la fórmula testamentaria que firma Sabuco es más explícita, y debemos darle el valor que otras afirmaciones suyas le añaden, escritas cuando no tenía conciencia de fallecimiento inminente. Estas son sus últimas palabras, realmente dichas —tal vez oídas—, asumidas con más o menos lucidez, pero responsable de cada una de ellas al menos de antemano:

In dei nomine Amen. Sepan cuantos esta carta de testamento e última voluntad vieren como yo el bachiller Miguel Sabuco... creyendo como creo el misterio de la santísima trynidad y todos aquellos que tiene cree e confiesa la santa madre yglesia catolica romana y en esta catolica creencia me confieso de haber vivido y protesto de vivir e morir, tomando como tomo por intercesora y abogada à la bienaventurada señora santa Maria nuestra señora, a la qual suplico rruegue a su preciosisimo hijo nuestro señor Jesuchristo me perdone mi anima y la lleve a su santa gloria a gozar con sus santos cuando El sea servido... (2).

(1) Sabuco, M.: *Coloquio de la naturaleza del hombre*, en "Obras de doña Oliva Sabuco de Nantes", edición de Octavio Cuartero, Madrid, 1888, p. 18 (Ni que decir tiene que la atribución de la "Nueva Filosofía" a doña Oliva carece hoy de fundamento).

(2) Testamento de Sabuco, A.H.P. de Albacete.

Sólo nos resta, en esta parte, ofrecer alguna prueba mínima de coincidencia entre esta declaración postrera, cuyo valor no pasa de ser una razón indirecta, con otros textos anteriores, de puño firme y letra en nada sospechosa. Recuérdese que, en el auto de fe celebrado en Alcaraz (donde había una casa de la Inquisición) el día 23 de junio de 1572, Sabuco —ninguno de los suyos— ni es nombrado, ni mucho menos perseguido, ni siquiera sospechoso.

No hacía falta que le llegara la muerte para que supiéramos nosotros el modo de afrontarla que iba a tener el bachiller Sabuco. Ya había reflexionado él sobre este último sorbo de la vida, viéndola venir serenamente, acodado al barandal de su fe y de su esperanza: “De esta manera passa la vida del hombre, la mitad en la subida del monte, de alegre camino, en la mocedad, y la otra mitad en la abaxada de triste camino, en la vejez, quando Dios no pone tropezon, que es la muerte violenta...” (3).

Y muy al principio del *Diálogo de la vera Medicina*, no sólo refleja su pertenencia inequívoca al mundo científico de los estudiosos renacentistas, por cuanto proclama abiertamente el método experimental como el adecuado para encontrar la verdad, sino que, en la investigación que nos ocupa, hay además un asomo del famoso y medieval aforismo aquel, *fides quaerens intellectum*, y que Sabuco repite a su manera: “y assi dando la gloria à Dios (de donde todo bien procede) començarè à declarar lo que entiendo” (4).

b) Conocimiento de Dios

La puesta en juego del principio de causalidad ha sido el trampolín o recurso más utilizado en occidente para acercarnos a una demostración, llamada racional, de la existencia de Dios. Y este proceder, hasta de una manera coloquial, un tanto ingenua, aparece también en los textos de Sabuco. De manera tan sorprendente, inesperada, que atestigua una aceptación implícita de otras argumentaciones silogísticas más complicadas.

De sus clases de retórica en Alcalá, tal vez oyendo a un sucesor de Nebrija que explicaría los libros de Plinio, recuerda Sabuco, en efecto, las costumbres de varios animales que le sirven para aconsejar al hombre en su comportamiento. Así, entre los avisos que da para no padecer los males que pueda causarnos el frío, como de pasada, insinúa al mismo tiempo la prueba de que Dios existe por la muy transitada vía de la causalidad:

El paxaro de Indias (que nombran resucitado) quando viene el invierno hinca las uñas en una rama alta de un arbol, y allí està como muerto, colgado todo el invierno, hasta que viene el dador de las vidas, segunda causa de Dios, que es el Sol, y lo resucita, y dà vida à èl, y à los demàs, y à las plantas, que tambien estàn como muertas, sin hacer señal de vida (5).

(3) Obra citada, p. 131.

(4) *Ibidem*, p. 240.

(5) *Ibidem*, p. 87.

Pero antes de hablar explícitamente del conocimiento de Dios, importa destacar el aprecio y estima que nuestro bachiller tiene del conocimiento en sí, como el adorno más noble que puede ostentar nuestra alma, ya que por él se advierte la ruindad y bajeza de este mundo, a la par que la grandeza y bienaventuranza del saber de Dios. Por una parte, claro está, es innegable la ascendencia platónica de esta supremacía del conocimiento, por cuanto esa prerrogativa del hombre (de su alma) desciende nada menos que del cielo, patria y origen del alma, y "tiene un sabor, y olor de Dios". Y por otro lado, además, con ser tanta la gloria de la sabiduría, acrecienta más la grandeza de Dios, o de las cosas eternas, ya que no pueden ser abarcados en profundidad por nuestro conocimiento.

La sabiduría, pues, es para Sabuco la riqueza más grande que pueden atesorar los hombres; pero, igualmente, no allega tantos recursos como para abarcar a un Dios insondable, aunque en esa tarea consiste precisamente su deleite: "y tampoco puedes ser felice, si no tienes alegría de buena conciencia, sirviendo, y conociendo à Dios, porque sin esta todo es tristeza, y congoxa de espíritu" (Ibíd., p. 115).

El conocimiento de Dios, como tema y objeto a tratar en el pensamiento de Sabuco, es un precipitado de la vasta cultura que poseía (extendida a lo largo de su obra) el autor de la *Nueva filosofía*, no inferior a la de otros autores renacentistas, y más sugerente que ninguno por la sola gracia de su expresión literaria (Cuando escribo estas líneas, desconozco si la Real Academia ha "destronado" a doña Oliva, para poner a su padre, del altar de los buenos hablantes).

Hay en Sabuco una cierta teología negativa, que no hace sino magnificar la grandeza de Dios frente a la pequeñez de nuestro entendimiento; y, en la misma línea, una declaración añadida del principio de causalidad que da por supuesta la conclusión de que Dios está al principio de todo proceso. Para deducir, en segundo término, otra "docta ignorancia", aquella sensatez del conocimiento precavido que va desde Sócrates y el Pseudo-Dionisio hasta Nicolás de Cusa:

Quien puede comprehender la grandeza, y vastidad de los Cielos, pues una estrella nos parece una pulga por lo muy lexos que està? Y pues estas cosas corporeas, y exteriores no las puede el entendimiento humano apcar, ni comprehender, como podrá entender, y aprehender à Dios hacedor de ellas, causa primcra, y principio de todas las causas? Como entenderà sus actos interiores, essencia, y prudencias disfrazadas por el mundo? No ay para que el hombre intente nada de esto, porque todas las perfecciones estàn en Dios infinitas... y este no poder comprehender a Dios, es el comprehender à Dios (6).

Como hicieron todos los filósofos que en la historia han sido, también renuncia, pues, nuestro autor al conocimiento de la esencia de Dios, bastándole con la identificación con su existencia o, según costumbre también, viéndolo

(6) Ibíd., p. 174.

como causa primera, noción más asequible al hombre, puesto que "ninguna cosa se cria, ni dà sèr à sî mismo"; y si buscamos la causa primera de todas las cosas, del hombre o del sol, "no le hallarà, hasta llegar, y parar en Dios, el qual las criò, diò el sèr, y virtud que tienen, y les madò ser causas segundas para hacer sus oficios" (Ibídem, p. 175).

Por supuesto que también Sabuco acepta la prueba del orden en el mundo, tomándola de Cicerón, para afirmar la providencia divina, como de una pintura se colige el saber de su artífice. De manera que, por todas partes, la demostración de la existencia de Dios es clara. Y hasta se convierte Sabuco, en este intento, en hagiógrafo ilustre del estagirita, en un curioso argumento por el criterio de autoridad:

Y assi el gran Filosofo Aristoteles, estando para morir, se hizo sacar al campo, y mirando à los Cielos, dixo: Causa primera de las causas, aved misericordia de mi: no cuidando, ni creyendo en sus Idolos, que en aquel tiempo la gentilidad adoraba (7).

Mas la consecuencia de estas argumentaciones no termina en la demostración escueta de que Dios existe, sino que, dando un paso más, un verdadero sobresalto, quiere conducir al hombre, y a través de toda la excelencia de la creación, hasta el amor de Dios y la felicidad consiguiente. Pues todo lo que es digno de ser amado está en Dios de manera infinita; cualquier deleite y toda conversación apacible (aquí en la tierra, por la oración) en él se encuentran; si la hermosura mueve nuestro amor, él es hermosísimo; si nos estimula la honra de este mundo, en el otro la encontraremos verdadera y perpetua.

Es decir, podemos "henchir" nuestra alma de todos los bienes sólo en Dios, causa primera y principio de todas las causas de este mundo. "Al qual plegue por quien El es, y por su infinita bondad de llevarnos à su santa gloria, y que veamos por vista de ojos estas sus grandezas, y obras de sus manos, todos los que aqui estamos, y la Autora de este libro. Amen". (Ibídem, p. 176).

c) Comportamiento cristiano

Mientras llega esa ocasión tan alta y definitiva, y desde un platonismo mitigado —esto es, sin despreciar radicalmente este mundo de aquí—, Miguel Sabuco aflora por sus escritos el modelo de conducta que conviene a los creyentes, mientras van de paso a su patria ulterior y más duradera, teniendo en cuenta que los caminos hacia un lugar forman parte de ida y vuelta de ese mismo lugar. Quiero decir que, si la senda es mala, no habrá buena posada capaz de darnos descanso; mientras que una marcha alegre es anticipo de una feliz llegada.

Pongamos por caso la soledad. Cada uno la soporta a su manera; pero, cambiando de postura al sobrellevarla, puede aligerarse o aplastar como un fardo nuestro esqueleto erguido. Tal vez por eso los tristes y los melancólicos van

(7) Ibídem, p. 175.

curvados, caminando a duras penas. Y si hay motivos para estar alegres (aunque no siempre) parece, entonces, que el espíritu tira del cuerpo, que la mirada se asoma por los torreones altos de la frente. Para Sabuco, indudablemente, la felicidad empieza por sus síntomas.

La soledad es buena para el buen Christiano à sus tiempos, y horas, y en ella se halla lo que muchas veces se pierde en la conversacion, hablando, y coversando con Dios en la oracion vocal, ò mental, y haciendo paradas en la vida, entendiendose à si mismo, y considerando el camino, y via, que lleva entre manos, y el fin à donde vâ à parar (8).

Y ¿cómo no acordarse de Sócrates (cuando iba por los tenderetes de su ciudad y veía cuántas cosas del mundo no necesitaba) leyendo a Sabuco? El despego de las cosas terrenales es su norma, ya sean riquezas, honores o pontificados, porque son "un poco de estiercol, y hojarascas, que mañana no son... y ponen en peligro estas dos vidas del alma, y del cuerpo". La justificación de esta conducta, evidentemente, es cristiana, por aquello que "nuestro Redemptor dixo, que era tan dificultoso al rico entrar en el Cielo". Hasta la teoría aristotélica del lugar le sirve a nuestro bachiller para argumentar la aspiración que debemos tener a las cosas altas: "Y assi con su dote natural de agilidad (se refiere al alma), era su lugar en el mas alto undecimo Cielo, donde esta la Corte celestial". (Ibíd., p. 166).

En este desprecio por todo lo sensible hay otra vez un platonismo matizado, pues la inclinación al otro mundo no es absoluta, sino que se trata de preferencias o de ventajas ya en esta vida terrenal. Así, no es bueno tener riquezas, por ejemplo, porque evitamos el robo, quizás el asesinato, y podemos llegar, con sosiego, a la muerte natural. Incluso es aconsejable, si nos ocurre eso que se llama una buena posición, remediar la pobreza de otros.

De todas formas, la verdadera religión, la auténtica lectura de la religiosidad del bachiller Sabuco, la encontramos en una sorprendente lección de anatomía teológica, sublime en la expresión, y tan emocionante que uno puede sentirse orgulloso de pertenecer a la raza humana. Es inútil cualquier pretensión de mejorar el texto, y mientras se decide una edición nueva de las obras de Sabuco (va para cien años de la última) para que ande de mano en mano, ¿cómo hurtar a los muchos lectores de AL-BASIT la donosura de unas páginas tan elocuentes? Esperamos que alguien lo agradecerá:

Porque como el origen, y nacimiento del anima del hombre fuè del Cielo, quedòse assi, casi colgando dèl, y tomò su principal asiento, y silla en la cabeza, y cerebro del hombre (como la raiz de las plantas quedò asida al rebès en la tierra) y alli en el Alcazar Real, donde avia de estar el anima divina, le fabricò el hacedor de la naturaleza tres salas (que son tres celdas de la medula del cerebro) en las quales

(8) Ibíd., p. 141-43.

hiciesse sus acciones, y oficios espirituales. En la primera de la frente, para sentir, y entender lo presente. La de en medio para imaginar, y raciocinar lo ausente, juzgar, y querer, ò aborrecer. La postrera para guardar las especies de lo yà pasado, y ausente, con tanta orden, y tan admirable, qual podreis vèr en la anatomia. Alli junto à ella le fabricò cinco organos, ò puertas, para los cinco sentidos. Pusole en lo mas alto dos vidrieras, ò ventanas del alma, que son los ojos, para que por aquellas vidrieras en abriendolas viesse su patria, que es el Cielo, y gozasse de tanta variedad para èl criada, y para que atalayasse, y viesse mas de lexos, para guardarse de los contrarios de este mundo. Luego los oïdos para por ellos oir tanta diferencia de sonidos, y gozar de musicas. El olfato, para con èl oler buenos olores, y los contrarios, que le podian dañar. Pusole el gusto en la boca, lengua, y paladar, para poder discernir, y distinguir los sabores de lo que avia de comer, con tal orden de labios, dientes, paladar, y lengua para hacer la compression, y para otro mejor, y mas alto oficio, que es tanta diferencia de sonidos, voces, y palabras, para significar, y dâr à entender sus conceptos. Pusole el tacto por todo el cuerpo, para que en toda parte sintiesse el mal, y daño. Ciñòle el cuello, y alzòlo de los hombros, para que estuviesse el anima apartada de las inmundicias de la cocina, y para que mejor se hiciesse la resistencia del frio del cerebro, con el calor del corazon, y estomago. Dividiòle la region del pecho de la del vientre, con una tela, que llaman diafragma, para que el corazon, miembro muy principal, estuviesse en medio, haciendo su oficio vital, guardado, y cercado de tantas telas, bovedas, y arcos de hueso (que son las costillas) para que no pudiesse ser apretado, y también estuviesse apartado de las inmundicias de los alimentos. Pusole otras muchas telas en lo interior, con artificio, para admirable fin, teniendo siempre respeto en cabeza, y cuerpo à dividir en dos partes, diestra, y siniestra (como podeis ver en la anatomia) para que el daño, de la una parte, no se comunicasse à la otra: y si un ojo se quebrasse, quedasse otro para hacer el oficio. Pusole dos piernas, con tantos goznes, y junturas, para el movimiento y andamio: el pie ancho para sustentarse en el uno, mientras mudaba el otro. Fabricole dos brazos, y dos manos, con tanto artificio de coyunturas, y goznes para menearlos, y hacer diversos oficios. Dividiòle cinco dedos, con sus extremos de hueso, que son las uñas, para aprender, y tomar, y hacer tantos oficios, usos, y provechos, como dan al hombre sus manos. Y pusole los ojos ambos en la parte delantera, para que sin torcer la cabeza, viesse lo que hacia con sus manos, con tanta excelencia en todo, que esto solo exterior considerado, basta para que el hombre dè infinitos loores à su hacedor y fabricador de esta naturaleza, y compostura de su cuerpo. Considerando

tambien el admirable artificio de la compostura, y variedad de yerbas, plantas, y de animales de la tierra, agua, y ayre, y sus figuras, y formas tantas, y tan varias: los quales, por no ser capaces de conocerse à sî mismos, ni de dâr loores à su hacedor, quedò esta gratitud à cargo, y cuenta del hombre (para cuyo servicio fueron criadas) y èl debe dâr alabanzas, y gracias al hacedor, por sî y por toda criatura (9).

Estas consideraciones, entre otras, llevan a Sabuco a un sentimiento de piedad, de gratitud y, sobre todo, de *esperanza*, esa virtud que da contenido y justifica la fe de los cristianos, la única posesión que tienen algunos hombres; de donde, si alguno de nosotros se la arrebatara a sus semejantes, puede cometerse (para Julián Marías) la mayor injusticia entre los ciudadanos.

La piedad y la gratitud referidas a Dios son mera consecuencia de la "memoria del bien recibido", y para lo que bastaría un recuento mínimo: el cúmulo de excelencias, según hemos visto, con las que ha sido creado el hombre, su redención por la sangre divina, por el sustento que le procuran tantas criaturas a su servicio, por la promesa, en fin, de otro mundo mejor todavía que éste donde vivimos.

Y en esta expresión de la esperanza cristiana, mirando un porvenir tan lejos que ya es el otro mundo, nuestro bachiller apunta una suerte de rebeldía, dulcificada, eso sí, con la voz baja de una oración. Pues cuando advierte que el hombre puede caer, por ignorancia, al castigo eterno del infierno ("que es el lugar mas apartado de los Cielos") se encara con Dios clementísimo para cuestionarle cómo es que el entendimiento humano ignora este daño posible. Y lo peor del infierno es su "nunca jamas tener fin", esto es, como la eternidad, "passados cien mil cuentos de millones de años, entonces comienza, y no tiene andada una hora, ni un momento".

Como no hay razón, pues, para merecer un destino tal, que no se conocía, Sabuco no encuentra ninguna solución que dependa de la libertad humana; por lo que recurre a la plegaria para conseguir de la clemencia del Señor entendimiento y percepción de este mal. En la convicción, además, de que, si este saber nos fuera dado, "otro talle tuviera la vida humana: otra politica huviera en las Republicas: otro trage vistiera la verdad y la virtud: otras platicas huviera en las plazas: en otros cuidados pusieran los hombres su aficion, y estudio: de otro color anduvieran los pobres". (Ibídem, p. 167).

d) El lugar de Dios

En mi libro *El Bachiller Sabuco en la filosofía médica del Renacimiento español*, dediqué hace más de diez años unos párrafos a la cosmología de nuestro autor. Como los considero válidos todavía, y por la mínima extensión exigida de este artículo, no he considerado oportuno ampliarlos.

La visión que tiene Sabuco del mundo es sorprendente. En el tratado de la filosofía de la naturaleza, gravita más que en ningún otro aquella intención del

(9) Ibídem, p. 143.

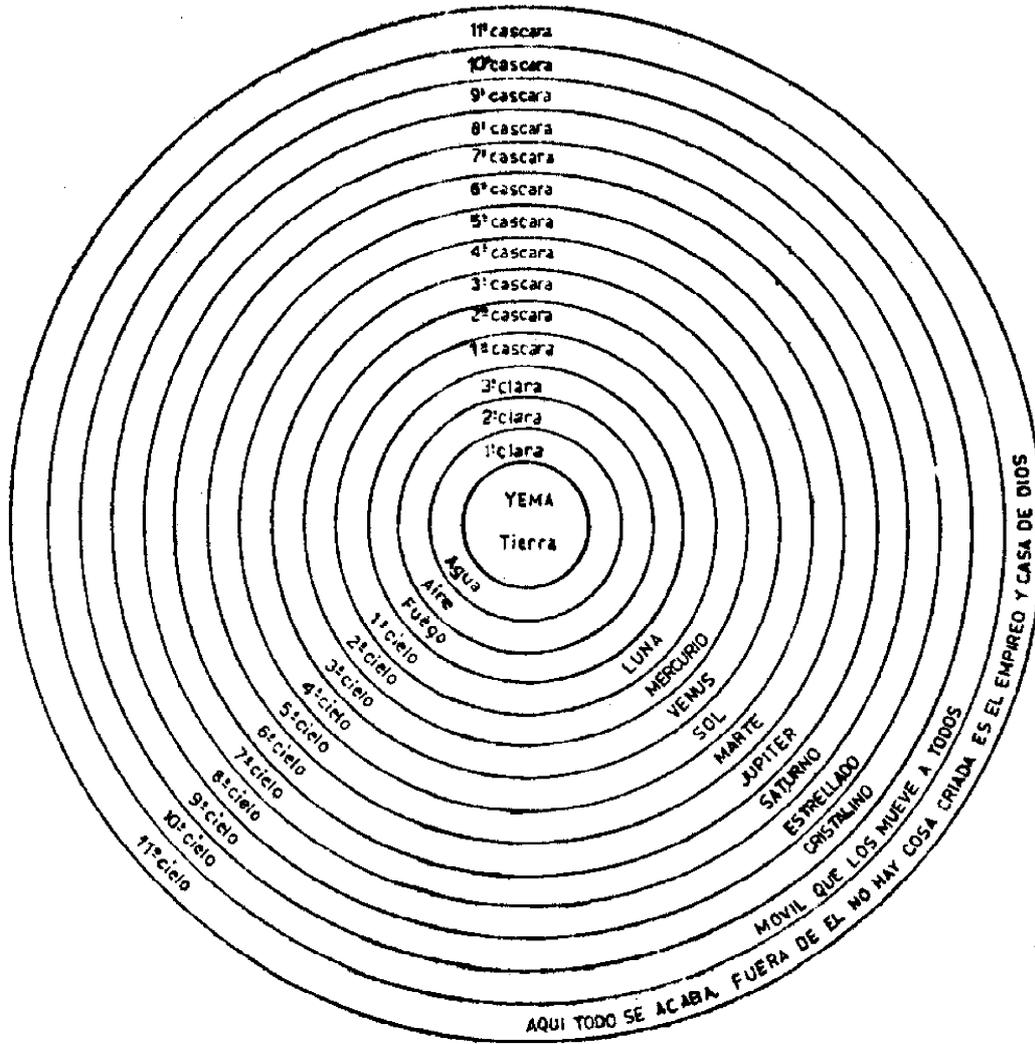
cardenal Cisneros de que todos los escolares de Alcalá, junto a otras disciplinas, recibiesen cultura eclesiástica. Y, aunque no lo confesara él mismo, nuestro autor que en diversas ocasiones se nos muestra como reformador en otras ciencias, aquí no aporta ninguna originalidad. Su cosmología es la típica y tópica de los medievales.

Con estos presupuestos, se comprende fácilmente la brevedad de su "Coloquio, en que se trata la compostura del mundo como està". También esta parquedad podría interpretarse como una crítica indirecta que, por lo mismo, supondría un criterio de selección. De este pequeño tratado, pueden inferirse nada más que dos posturas en nuestro bachiller. Por una parte, se daría otra vez en él aquella suerte de desencanto que padecieron los sofistas, desilusionados por la incapacidad humana para saber a qué atenerse en cuestiones de la naturaleza; por otra, y es la más probable, Sabuco trataría de reflejarnos la presión social envolvente de su época que repite todavía la discutida jerarquización de los seres, propia de la Edad Media que si ya estaba despertando lo hacía de una manera indolente.

Su visión, entonces, de la naturaleza va de la cosmogonía al misticismo. El mundo como desconocido e incomprensible, pero como itinerario seguro hacia Dios. Su más claro antecedente lo encontramos en Honorio de Autún (h. 1090-1152). Este es el mapamundi que diseñó Sabuco:

—"Antoniò.- ...Pues imagina (señor Veronio) un huevo de Avestruz grande, redondo, con tres claras, y once cascaras. En este huevo la yema pequeña redonda es la tierra, y la primera clara pequeña, que la cerca, es el agua (que toda la cercaba). Y la segunda clara mayor, es el ayre. Y la tercera, muy mas mayor, es el fuego. La primera cascara, es el primer Cielo. Y la segunda, es el segundo cielo, etc... El onceno, es el postrero, donde todo se acaba, y fuera dèl no ay cosa alguna criada, mala, ni buena. Es inmovil, que no se mueve, y es el Cielo Emypyreo, y casa de Dios, donde està la Corte Celestial... y cuando las paredes de la casa del Criador son tales, y tan incomprensibles del entendimiento humano, què serà lo de dentro, y què tales seràn aquellas salas, Palacios, retretes Reales, y divinos, y su gloria eterna, deleytes, y conversacion de aquel omnipotente Dios, que lo criò, y lo hinche todo, y felicita con su presencia beatifica... y passados cien mil cuentos de millones de años, entonces comienza la eternidad de Dios".

Aparece bien notorio que la intención, en este coloquio, es más bien apologética, carente de novedad, y aunque su afirmación de que Dios hizo el Universo pueda tomarse como postura filosófica en tanto que busca la causa primera de lo creado, el tono y la religiosidad que impregna este tratado lo sitúan más bien entre los autores medievales. Queda patente la primacía de la fe que conduce por este mundo, huella de Dios, a los que van de camino hacia su salvación eterna. Lejos de la tierra y de su centro, "que es donde està el infierno". Y por el influjo de la Luna, en el universo de Sabuco la filosofía musulmana de las Intelligencias está a la base.



La compostura del mundo como está.
M. SABUCO

M.S. H.

(Dibujo de M.^a José Henares)

Sirvan estas líneas como demostración pequeña de nuestro propósito inicial: desde los textos de Sabuco, espigados, afirmar su religiosidad, unas veces expresa y otras implícita, reflejo en ocasiones de la fe y de las creencias de su sociedad ambiente; pero, a la vez, asumida y confesada repetidamente. Para que no hubiera asomo de dudas.

D. H.